

El estudiante, clase social

Los estudiantes formamos una clase social: el estudiantado.

¿Cuál es nuestra situación respecto de las demás clases sociales?

¿Qué podemos esperar de ellas? ¿Qué esperan de nosotros? En otras palabras, ¿cuáles son nuestros deberes y nuestros derechos por el hecho de ser estudiantes?

¿En qué medida correspondemos a las exigencias de nuestra situación, y cómo nos preparamos para el cumplimiento de nuestros deberes cuando seamos ya profesionales?

Nosotros, estudiantes, ¿qué somos? y ¿qué debemos ser?

¿Dónde estamos y dónde debemos estar?

Por un fenómeno extraño, (que por sí solo nos informa bastante sobre el estudiantado), no es en el medio estudiantil donde primero obtenemos datos para responder a estas preguntas.

Al estudiantado se le estudia primeramente por la manera como la sociedad se comporta con él. En términos modernos, decimos: por la reacción social que despierta. De la misma manera que sabemos de exhibición extraordinaria en alguna vitrina, por la aglomeración de gente frente a ella.

Todas las clases sociales, rinden su homenaje al estudiantado.

Homenaje de dinero, de alabanzas, de admiración, de condescendencia.

Con dineros regalados hace el estudiante sus estudios. (Hay excepciones; pero aquí se habla de la gran mayoría). Dinero de sus padres y favorecedores; dinero del Estado, que es dinero de todo el pueblo.

Recibe alabanzas de su familia que ha puesto en él todas sus ambiciones de porvenir económico y de ascenso social; *el día del grado* es para la familia del estudiante, la fecha venturosa en que se siente asegurada contra los peligros de la miseria y en que recibe de la sociedad el ascenso en el escalafón de sus posiciones.

Recibe también alabanzas de la prensa y del gobierno que ven en ellos una fuerza presente y el porvenir de la patria. Hasta ha llegado a crearse un acuerdo tácito respecto al mérito y

a las promesas del estudiantado, por el cual, no hay poder público ni periódico de importancia que se atreva a lanzar la sospecha de que tal vez, quién sabe, si los estudiantes no somos lo que se ha convenido en creer que somos. Ay del temerario que lo hiciera!

En cuanto a las clases trabajadoras, los campesinos sobre todo, para ellos el estudiante es el "hombre de mañana" y esto resume todo lo digno de afecto y de admiración.

En resumen, somos la clase mimada.

Pero la alabanza es un pago anticipado; quien alaba, afirma de la persona alabada la posibilidad de actuaciones benéficas. Por esto, conocemos que a los estudiantes se nos atribuyen cuantiosas virtudes, magníficas posibilidades en las cuales funda la sociedad la gran esperanza que ha puesto en nosotros.

A un maestro, de los pocos que lo son, he oído repetir fervorosamente al pensar en los jóvenes: "Un joven!... Un joven! Si ellos supieran lo que eso significa, qué infinidad de posibilidades, de rutas espléndidas e insospechadas, de realizaciones heroicas e inmaculadas encierra su juventud!"

Pero las esperanzas frustradas causan el desengaño, el desprecio, y hasta el odio. Un ser, una clase social, que recibe siempre, en todo tiempo y de todos sus semejantes y nunca da, un parásito, una clase parásita es repugnante.

Ya se experimenta cierto desvío para con los estudiantes; las profesiones no son tan respetadas ni los profesionales tan estimados como en tiempos anteriores. En otros países, los médicos, los abogados, los ingenieros, han tenido que hacer ligas para sostener por la fuerza un prestigio y unos privilegios que se van, porque ya no se otorgan espontáneamente como hace unos años.

Imponerse como gremio; agruparse para defenderse. Este es el programa que nos ofrecen a menudo las ligas de profesionales. Después de haberlo recibido casi todo de la sociedad, inventar la manera de seguir explotándola! No es posible que la justicia ande vestida con ropajes tan mezquinos.

A nosotros estudiantes, a nosotros intelectuales y profesionales nos corresponde otra bandera y otro lema: *servir*.

Servir para corresponder al beneficio recibido, a la esperanza que se pone en nosotros; servir porque el espíritu se complace en dar, porque es bello dar; servir porque somos la imagen y semejanza de Dios que siempre da, porque somos los miembros que forman el cuerpo misterioso de Cristo que encarnó para darse y es por excelencia *el que se entrega, el que sirve*.

No hay duda de que nuestra situación económica y social se va haciendo cada día más difícil, el ambiente medio favorable cambia en sentido contrario. La causa? Sin duda, el desengaño de las esperanzas que la sociedad venía poniendo en nosotros.

¿A qué aspiramos? ¿Cuáles nuestros ideales? Para saberlo, basta observar lo que admiramos. Fulano de tal, tiene una clientela numerosísima; pasa cuentas muy altas y se las pagan; en pocos años ha hecho una fortuna; es bien recibido en las más altas esferas sociales; tiene gran influencia en el gobierno; se hace temer y obedecer; y como florecimiento de estas conquistas, *sabe darse gusto*.

Todo el talento, la ciencia, la diplomacia, la posición social, las influencias, hasta la presencia física, al servicio de un parasitismo refinado cuyas ambiciones se dilatan a medida que se colman, en tanto que el deber de *servir*, se va considerando, primero, como una bella cosa que dejamos a otros realizar, luego como utopía quijotesca, ridícula, y, por último, estupidez de unos cuantos alborotadores que sólo piensan en perturbar la paz de las "gentes de orden".

Pero nosotros, si somos la clase inútil, la clase parásita, la clase "descrestada", no somos los mayores culpables de ello.

Como todas las juventudes, hemos tenido y tenemos todas las posibilidades de imprimir a la vida humana un espíritu nuevo, de renovación espiritual, de rejuvenecimiento potente, jubiloso y creador.

Pero nos ha tocado nacer a la conciencia en una época pragmática y epicúrea, de crisis para el ideal que exige esfuerzo, superación y abnegación. El ideal científico no existe, porque la mayoría de los profesionales que nos han precedido, de los cuales hubiéramos podido recibirlo, son escépticos de la ciencia o la utilizan con miras de utilitarismo mezquino.

El ideal patriótico, a quién conmueve? Perdidas las fuentes en donde se nutre, no queda de él sino una multitud de pretextos para tener asuetos o para acusar a los adversarios.

Y el ideal religioso, el ideal cristiano, el que en otros países ha inspirado y está inspirando el heroísmo, la belleza, la nobleza, la abnegación sublime en favor de los demás, el único porque vale la pena arriesgar todo lo presente y visible, qué ha sido de él? No hay duda de que a fuerza de servir a intereses temporales (entre nosotros, hace años, ser católico "práctico" era recomendación excelente para medrar en muchos campos), ha dejado de exigir juventud. Por otra parte, la ignorancia sistemática del dogma que es un fenómeno universal en los pue-

blos católicos de la actualidad, fue haciendo de la religión un conjunto de fórmulas sociales, de rezos y devociones cuya mira consiste en obtener la salud o ganar la lotería o asegurar el amor del pretendiente. Privándonos del conocimiento del cristianismo en todo su grandioso esplendor, en su profunda racionalidad, en su conocimiento perfecto de la naturaleza humana y de la divinidad revelada, se nos ha alejado dolorosamente de él.

No sospecha la generación anterior lo mucho que ha dejado de darnos, lo vacíos e impreparados que nos entrega a la lucha de la vida. No más que en relación con las funciones del sexo, circulan entre los estudiantes de bachillerato y de universidad las especies más extravagantes, contrarias no solamente a las normas de la moral cristiana, sino también a los hechos fisiológicos mejor comprobados por las ciencias naturales modernas, (lo cual era, por lo demás, de esperarse). Si del conocimiento de la verdad a su práctica o, como dice el refrán, del dicho al hecho hay tanto trecho, ¿cuál será la desorientación de nuestra conducta, cuando ni en la inteligencia se ha establecido el orden natural?

La tragedia de los jóvenes pocos la conocen porque, aun después de haber perdido mucho, les quedan reservas para aparentar alegría, entusiasmo, y confianza en su porvenir. Su vacío interior, su mediocridad, su fracaso, su desconcierto, su inutilidad sólo se dejan conocer en la intimidad del amigo.

No solamente somos y nos preparamos para ser la clase parásita, sino que hay en lo más íntimo de nuestros corazones una honda amargura por lo que no somos y hubiéramos podido ser; somos también desgraciados. Esto es algo que no nos atrevemos a confesar porque en la época del fascismo y del frente popular no se concibe sino la exhibición de poderío, de seguridad, de afirmación rotunda. Pero aquí no se trata de *meterle los monos* a nadie. Se trata de tirar nuestra realidad para afrontarla valerosa y lealmente.

No podemos esperar la redención y el cumplimiento de nuestro destino supremo en la sociedad, sino por una acción salida de nosotros mismos. Acción de la juventud y para la juventud. Nosotros nos descubriremos y nos realizaremos.

Una gran dificultad encontraremos: la agitación política de nuestro tiempo. La política, no solamente ocupa enteramente la actividad social de los demás; también nosotros tenemos ya una conciencia política, que nos hace ver todas las cosas a través de la preocupación de tener el poder político, y, para conse-

guirlo, es preciso que nuestra actividad guste a las masas, a las mayorías. Esto da al pensamiento y a la acción un carácter espectacular, exhibicionista; lo que se vea y se palpe inmediatamente; lo que se traduzca en efectivos de favor popular y dominio sobre las masas es lo que atrae; esto se llama pragmatismo y el maestro es Maquiavelo. Este decía: el fin justifica los medios. Nuestra política tiene una meta: apoderarse del poder; todo lo que a ello conduzca, es bueno y lo que no llegue a tal fin, es utopía necia.

El demonio del poder es tan seductor que arrastra aún a hombres de buena fe. Sólo una doctrina claramente conocida y constantemente recordada puede darnos una orientación constante y proponernos los únicos medios de que debemos valernos. Para el que carece de esta doctrina, los acontecimientos le sirven de norma. La opinión general, lo que todos hacen, lo que todos aprecian, le imponen la conducta que debe seguir. Para quien posee una doctrina completa, la realidad no es más que un dato, que debe tener en cuenta.

Para hacerse a una doctrina, es preciso estudiar mucho. Quien no lo haga, está fatalmente condenado a obrar por sugestión ajena. El hábito y el gusto del estudio es lo primero que debemos adquirir, pues la lectura que damos a los textos para aprenderlos no es estudio, como tampoco la lectura de los periódicos, novedades de librería, etc. Estudio es el examen sistemático de las ideas que aspiran a orientar la conducta humana.

Pero no es continuando el régimen de vida que ahora llevamos, como podremos cumplir nuestros imperiosos deberes. Si nuestra vida se reparte entre el billar, el periódico, el corrillo del café, relatos fantásticos de aventuras personales, espectáculos tumultuosos y hasta en bacanales prostituyentes, afirmaremos con nuestra conducta lo que reprobamos de palabra y mereceremos el título de charlatanes.

Nadie tira a la calle la silla en que está sentado; tampoco nosotros transformaremos este desorden social, perezoso y egoísta, si seguimos usufructuándolo. Un espíritu nuevo ha de alentarnos para que hagamos obra nueva; espíritu de estudio, de esfuerzo y de sacrificio; espíritu de amor; espíritu de artista que esculpe; espíritu de verdad; espíritu cristiano.

HERNAN VERGARA.